



XV. ESTACION.

La puerta judiciaria en donde nuestro Señor oyó leer su sentencia de muerte.

Llamábase así la puerta por donde antiguamente salían de Jerusalem los reos, para ir al lugar del suplicio, llamado Calvario por las calaveras de que estaba lleno. Aun se ven el día de hoy algunos residuos de esta puerta, y una columna, á la cual se dice se acostumbraba fijar la sentencia de muerte dada contra el delincuente que se llevaba al suplicio, para que al pasar se le leyese en voz alta, y todo el pueblo fuese informado de las causas que habian obligado á los jueces á condenarlo á muerte. Contempla pues, alma mia, como al llegar á esta puerta el Salvador divino, se pone de rodillas para oír leer con

mayor humildad su última sentencia. Se le declara que es acusado y convencido de crimen de lesa magestad divina y humana, por haber afectado la divinidad y la soberanía; la divinidad llamándose el Hijo de Dios; la soberanía, portándose como rey de los judíos; y que en castigo de estos dos atentados, que exceden en enormidad á todos los otros, se le ha condenado á perder la vida en una infame cruz, en la cual será clavado en medio de dos ladrones. ¿Se puede imaginar cordel mas sensible para el corazón de nuestro Señor, que el que entonces sufrió? ¿El que había sido prometido á los judíos cuatro mil años había, el que habia sido figurado en tantos patriarcas, el que habia sido anunciado por tantos profetas, el que había hecho tantos prodigios y milagros para darse á conocer; verse reprobado, tratado de impostor y de blasfemo, y condenado á muerte de cruz por su pueblo amado y favorecido! En verdad que no se puede concebir cosa de mayor afliccion ni mas insoportable. Sin embargo, este manso Cordero de Dios oye sin queja y sin murmuracion la injusta sentencia de su condenacion, y se sujeta á ella muy voluntariamente, para satisfacer á la justicia de su Eterno Padre, y salvar á los hombres con su muerte.

ORACION.

Amable Redentor mio, os soy infinitamente deudor por tan escesiva caridad, y os doy por ella mil gracias: y en señal de mi reconocimiento, quiero de hoy mas someterme á todas las órdenes, aun á las mas duras de vuestra divina providencia, y besar con respeto vuestra mano cuando quisiere aflijirme de cualquier modo que sea.

Padre nuestro y Ave Maria por los inocentes oprimidos en los Tribunales de Justicia.



Número de pasos que dió el Salvador del mundo en el camino doloroso, coronado de espinas y con la cruz á cuestas.

Desde el palacio de Pilatos hasta el balcon del Ecce Homo, hay setenta pasos.

Desde el balcon del Ecce Homo, hasta el lugar del desfallecimiento de la Santísima Virgen, hay cien pasos.

Desde el lugar del desfallecimiento de la Santísima Virgen hasta la travesía de calles donde cayó nuestro Señor bajo el peso de la cruz, y fué levantado y ayudado á llevarla por Simon Cirineo, hay cuarenta pasos.

Desde esta travesía de calles, hasta el parage en que las mugeres y las doncellas devotas de Jerusalem lloraron sobre nuestro Señor, hay diez pasos.

Desde este sitio hasta la casita de la Verónica hay ciento y setenta pasos.

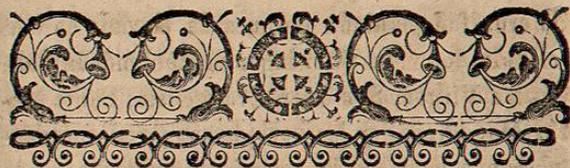
Desde la casita de la Verónica, hasta la puerta judiciaria, por donde nuestro Señor salió de la

ciudad de Jerusalem, hay sesenta pasos.

Desde la puerta judiciaria hasta el pié del Calvario, hay doscientos pasos.

Desde el pié del Calvario hasta lo alto, había en tiempo de nuestro Señor unos cincuenta pasos.

Lo cual hace en todo setecientos pasos.



XVI. ESTACION.

El Calvario, en donde nuestro Señor fué crucificado entre dos ladrones.

El Calvario era la eminencia de un montecillo pizarroso fuera de Jerusalem, que servía de lugar para la ejecucion de los delincuentes y malhechores. Al presente está en medio de la ciudad, encerrado dentro de una hermosa capilla, que tiene cuatro toesas en cuadro bien cumplidas. Se sube á ella por diez y nueve gradas, pero son mas altas que las de que nos servimos en nuestras casas. Se vé en ella el sitio de la crucifixion; es decir el lugar donde la cruz fué tendida en tierra, cuando nuestro Señor Jesucristo fué clavado en ella. Se vé en ella el agujero en que

la cruz fué plantada despues de clavado en ella el Salvador. Se vé el lugar desde donde la Santísima Virgen, San Juan Evangelista, Santa María Magdalena, y las devotas mugeres contemplaban con dolor la sangrienta tragedia de la crucifixion. Se vé el lugar donde estaban plantadas las cruces del bueno y del mal ladron. El lugar de la cruz del buen ladron dista cuatro piés y medio del de la de nuestro Señor. El lugar de la cruz del mal ladron está seis piés mas distante. Se vé la milagrosa abertura del Calvario, hecha por el temblor de tierra que sucedió en la muerte de nuestro Señor: dista como un pié de la cruz del mal ladron, y hacía una misteriosa separacion entre nuestro Señor y el mal ladron. Esta capilla es el lugar mas santo del mundo: aquí fué donde Jesucristo hijo de Dios obró la Redencion de los hombres, muriendo en una cruz: debemos entrar en él frecuentemente en espíritu para hacer la contemplacion siguiente: Estando el Salvador al pié del Calvario, se encontró tan débil y tan exhausto de fuerzas, que para animarle á subir, se le presentò un poco de vino mezclado con mirra; pero no quiso aceptar este alivio ni permitir que se le descargase del peso de la cruz; deseando como otro Isaac, llevar su le-

ña al lugar del sacrificio. ¡Oh, y cuánto tuvo que sufrir al subir á aquel montecito áspero y desigual! ¡cuántas veces fueron desollados sus sagrados piés por las puntas gudas con que tropezaba! ¡qué de horribles sacudidas no daría la cruz á su corona de espinas, renovando con esto las heridas de su cabeza! Luego que llegó á lo alto, le hicieron poner la cruz en tierra en el sitio donde había de ser crucificado; y mientras que una parte de los soldados disponen los martillos, los clavos, los cordeles y los instrumentos del suplicio; mientras otros hacen los agujeros, clavan el título de la cruz, y hacen el hoyo en donde han de plantarla; otros lo desnudan enteramente la tercera vez, y al tirarle los vestidos, le renuevan todas las heridas de los azotes. Fué un espectáculo horrible ver al Salvador todo ensangrentado, y todas sus carnes rasgadas. Dícenle los verdugos que es menester que se acueste en el lecho doloroso de la cruz. Algunos de los mas crueles le cogen de los cabellos y de la barba, y le golpean contra el duro leño. El modo como fué crucificado fué este: tómanle la mano derecha, y poniéndola sobre un agujero hecho espresamente para ello en la cruz, se la clavan con trece golpes grandes de martillo. ¡Qué

dolor! Una parte tan nerviosa, tan llena de músculos y tendones, de venas y arterias, ser atravesada con un grueso clavo! Tantos golpes de martillo como descargaban sobre la mano del Salvador, eran otros tantos martirios para su Santísima Madre, quien recibía de rechazo los golpes. Clavada la mano derecha, pasan á la izquierda; pero como todos los músculos se habian retirado y encogido, no podia llegar al agujero que habían hecho para ella. Fué pues, menester tirarla, y hacerla llegar á fuerza de brazos. Considera, cristiano, qué dolor sentiría cuando le atravesaron y clavaron esta otra mano con otros trece fuertes golpes de martillo. ¡Qué de sangre derramaría de las dos manos. Cuando pasaron á los piés; ¡oh qué de fuerza y de violencia para hacerlos bajar hasta los agujeros que les estaban preparados! Claváronlos, uno despues de otro, cada uno con diez y ocho fuertes golpes de martillo, vertiendo arroyos de sangre. ¡Oh Virgen Santísima! entonces si que se podía decir que vuestro dolor era tan grande como el mar. Ya está crucificado el hombre de dolores; no os resta ya sino levantar la cruz, y plantarla en el hoyo que está abierto para ella. Verdugos, un poco de tiento con este pobre paciente; no le me-

neéis con demasiada dureza, pues el menor bamboleo le causará un nuevo martirio. ¡Pero á quienes hablo? á unos implacables, que no contentos con arrastrar cruelmente la cruz, la hacen caer en el hoyo con tal ímpetu y con una agitación tan violenta, que fué revelado á Santa Matilde, que en todo el discurso de su pasion no sintió nuestro Señor tan vivo dolor. Párate aquí un poco, alma mia, póstrate delante de la cruz, abraza los piés de tu Salvador moribundo; mezcla las lágrimas de tus ojos con la sangre de sus venas; muéstrale mil veces que te pesa haberle ofendido, y haberle obligado con tus pecados á morir con una muerte tan cruel y tan infame: y con un corazon penetrado todo de contricion, díle:



ORACION.

Adorable Jesus, mis pecados son quien os han hecho morir; mis pecados os han puesto esas es-

pinas en la cabeza, y esos clavos en las manos y pies; mis pecados son los que os han clavado en ese leño. ¡Ah, gran Dios! amable Crucificado, perdóname y ten misericordia de mi, misericordia, Señor, misericordia. Nunca mas os ofenderé, os lo protesto y propongo ante todas las criaturas; y os suplico por la sangre que salió de vuestras venas, por esa cabeza taladrada de espinas, por esas manos y pies abiertos con clavos, que me admitais en vuestra gracia, y me otorgueis un perdon general de mis culpas pasadas. Esa inclinacion de cabeza que hiciste al espirar, es una señal de que me perdonais; yo me serviré de ella como de poderoso motivo para nunca mas ofenderos. Recibid, adorable Jesus, mis buenos propósitos; y bendiciéndome con vuestra Cruz, no permitais que el pecado me aparte jamas de la obediencia que consagro á vuestra divina voluntad.

Padre nuestro y Ave Maria, para conseguir la gracia de evitar el pecado.



XVII. ESTACION.

El Santo Sepulcro, en que fué puesto el Cuerpo difunto de nuestro Señor.

José de Arimatea había mandado labrar para sí un sepulcro en una roca, en la bajada del Calvario, que estaba junto á su huerto: pero se le dió á nuestro Señor y su buen Maestro, por honor y por afecto. Es como un cuartito pequeño, y tiene unos siete pies en cuadro, y ocho de alto. Hay por dentro un poyo de la misma roca, á modo de altar, sobre el cual estuvo puesto el cadáver del Salvador. La puerta es muy baja, y es menester bajarse mucho para entrar por ella. El Santo Sepulcro parece estar separado ahora del Calvario, por cuanto para fabricar la iglesia que encierra al uno y al otro, fué necesario escarpar

y aplanar una gran parte de la roca. Está encajado en una hermosa capilla que le sirve de estuche y de caja. Cuarenta y tres lámparas pequeñas de plata y una de oro, guarnecidas de mucha pedrería, arden día y noche en este sagrado lugar, que lo hacen bastante incómodo por el calor recogido que causan. Entra con el pensamiento y con el afecto en este Santuario, alma cristiana, para rendir los últimos homenajes á tu Redentor. Le has seguido paso á paso por todas las estaciones de su pasion y de su muerte; acompáñalo ahora en el Sepulcro, y procura hacer la consideracion siguiente. Luego que nuestro Señor hubo espirado y entregado su espíritu en manos del Eterno Padre, José de Arimatea, noble decurion, fué intrépidamente á pedir el cuerpo á Pilatos, para darle honrosa sepultura en su propio sepulcro, en el que nadie había sido todavía enterrado; y habiéndoselo concedido, él mismo le bajò de la cruz, ayudado de un hombre de distincion llamado Nicodemus, y del amado discípulo San Juan. Recibió la Santísima Virgen en sus brazos este divino depósito; juzgad con qué sentimientos de dolor y de afecto maternal, diríale: hijo mio, ¿quién os ha hecho morir en un estado tan miserable? ¿quién os ha des-

figurado tan horriblemente? ¡Oh cabeza admirable, digna de llevar la corona de la gloria eterna! ¿quién os ha atravesado de espigas? Rostro lleno de gracias y de atractivos, que encantas á los ángeles, ¿quién ha desfigurado toda vuestra belleza y todas vuestras gracias? Ojos hermosos, mas resplandecientes que el sol, ¿quién ha apagado vuestra luz? Mejillas, lábios y boca, tan ajados y tan amaratados, ¿quién ha oscurecido vuestros bellos coloridos? ¿Sois vos aquel hijo mas hermoso de los hijos de los hombres? ¿de dónde pues, os viene esa palidéz cárdena, esas contusiones, esos golpes, esas heridas, esa sangre coagulada, esas salivas, esa deformidad? ¡Oh sagrado pecho! ¡oh costado abierto! ¡oh corazon atravesado de una lanzada! ¡oh venas sin sangre! ¡oh espaldas rasgadas con azotes, con cadenillas de hierro, con varas y con espigas! ¡oh brazos dislocados! ¡oh manos y pies atravesados con clavos! ¿es vuestro ese cuerpo que veo, hijo mio, ó es el cuerpo de algun delincuente? ¡Ah! demasiado sé que es vuestro cuerpo. Bése, pues, yo, este divino cuerpo tan maltrado; adórelo yo, y repare con mis besos y mis adoraciones los ultrages que ha recibido. Sobre todo, bese yo ese costado abierto, esa fuente de amor y caridad, esa puerta

para vuestro corazon; èntreme yo en él, y habite en él escondida todo el resto de mi vida: y si los hombres me quieren encontrar, que vengan á buscarme en ese amoroso costado. Mientras la Santísima Virgen se deshacia en estos tristes suspiros, sobre el cuerpo muerto de su amado hijo, María Magdalena no cesaba de prorrumper en lamentos á vista del cadáver de su amable Maestro. ¡Ah! decia, derramando torrentes de lágrimas, y arrancando sus hermosos cabellos, con una angustia y un dolor extremado: ¿sufriré yo que mi Jesus esté muerto sin mí? ¿podré yo vivir sin él? No, no; es menester que el amor me crucifique. Amor divino, aquí tienes mi cuerpo; yo estaré contenta con morir contigo: aquí tienes mis manos y mis pies, atraviésalos con tus clavos: aquí tienes mis miembros, graba en ellos tus llagas, Salvador mio. ¡Oh, si con mis tormentos pudiese yo rescatar la vida de mi amable Jesus que veo muerto! mil martirios sufriría por darle un solo instante de vida. Pero esto es hecho, ya murió, ya no respira, todos sus miembros están frios y sin movimiento; no, no queda en él señal alguna de vida. Preciso es que mueras, Magdalena, en este lugar del suplicio, á los piés de este amable Salvador que tanto te ha amado y

querido; ó si no te es permitido morir tan presto, es menester tener una vida moribunda entre suspiros, lágrimas y sollozos: y si las criaturas te preguntan la causa, les dirás con valor que la fiel amante Magdalena ha jurado estar siempre llorando la muerte de su amable Señor.

Despues que la Santísima Virgen y María Magdalena hubieron satisfecho la ternura de sus afectos para con Jesucristo muerto, las tres personas antes nombradas embalsamaron su divino cuerpo con una gran porcion de mirra, de alóes y de otras drogas aromáticas, le envolvieron en tres ricos lienzos ó sudarios, y le pusieron en el sepulcro. Aquí es, alma cristiana, en donde debes establecer tu morada; en este sepulcro es donde debes morir y vivir; en este sepulcro es donde debes sepultarte con Jesucristo, para tener en él una vida retirada y solitaria, una vida muerta al mundo y á todas las vanidades del siglo, una vida rigurosa y penitente; en este agujero de la piedra es donde debes esconderte para suspirar, para gemir, para llorar el resto de tus dias la pasion y muerte de tu amable Redentor; y suspirando, gimiendo y llorando tan santamente, disponerte para bien morir.

ORACION.

¡Sois vos, Jesus mio, el que veo bajado muerto de la cruz? Hasta este extremo os han llevado ó mi crueldad ó vuestro amor. Vos, Señor, habeis muerto de amor y de dolor por mí: ¡ah! muera yo tambien de amor y de dolor por vos.

¡Oh dulce vírgen! ¡oh Madre la mas affigida de todas las madres! Este no es ya aquel querido Jesus que os servía de tanto consuelo, cuando allá en su infancia le tenias en tus brazos, y le apretabas en tu regazo; es el hijo de vuestro dolor, es el colmo de vuestra afficcion. ¡Oh Madre verdaderamente desconsolada! A vos, Señora, quiero volver toda mi compasion, puesto que habiendo muerto vuestro hijo, está esento de toda pena. ¡Oh Madre affigida! no hay quien pueda consolaros sino ese vuestro hijo que es el motivo de vuestro dolor; pero á lo menos, en cuanto yo pueda, me compadeceré de vos de todo mi corazon. En virtud de la muerte de vuestro hijo, os suplico hagais morir en mí todo lo que le desagrada á él y á vos: y que su espíritu y

su gracia sean quienes vivan en mí, y hagan en mí, de mí y por mí lo que sea su voluntad.

Padre nuestro y Ave Maria para obtener la gracia de morir á todas las vanidades del mundo, y no vivir si no con la vida de Jesus, en Jesus y por Jesus.

